



Centro Bíblico Nuestra Señora de Sión
Av. Directorio 440 – C.A.BA.
www.sion.org.ar

Primeras Palabras

Una reflexión desde el judaísmo sobre las lecturas del Primer Testamento de la Liturgia Cristiana Dominical.

Frecuentemente leemos y meditamos la primera lectura de la liturgia dominical desde el Evangelio o del Nuevo Testamento. Pero podemos dar un paso nuevo, diferente, y que sea acorde al carisma de Nuestra Señora de Sión: recibir el pensamiento judío sobre estas lecturas.

¿Qué piensa y dice el judaísmo sobre la Palabra de Dios, Palabra que en el Primer Testamento es común a la tradición judeo-cristiana?

Para compartir esta Palabra, la rabina Silvina Chemen (silvina.chemen@gmail.com), nos ayudará a leer las lecturas del Primer Testamento que corresponden al mes de **Marzo de 2012**.

Esperamos brindar un aporte y un importante servicio a todos los hermanos con esta iniciativa.

(NOTA: Los judíos no pronuncian ni escriben el nombre de Dios, por eso verá en el escrito la palabra D's en lugar de Dios; los textos son tomados de la Biblia Latinoamericana).

Domingo 04 de Marzo de 2012 – Segundo Domingo de Cuaresma

Génesis 22,1-2.9-13.15-18

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán, llamándole: "¡Abrahán!" Él respondió: "Aquí me tienes." Dios le dijo: "Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio, en uno de los montes que yo te indicaré."

Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: "¡Abrahán, Abrahán!" Él contestó: "Aquí me tienes." El ángel le ordenó: "No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo."

Abrahán levanto los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo: "Juro por mí mismo -oráculo del Señor-: Por haber hecho esto, por no haberte reservado a tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido."

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán, llamándole: "¡Abrahán!" Él respondió: "Aquí me tienes."

Les propongo investigar el concepto de "prueba", para poder dar un poco de luz a las tinieblas de esta historia.

¿Cómo comienza la prueba? "Le dijo: —Abraham. Y dijo: —"Hineni- Aquí me tienes.""

El contenido de la prueba comienza con una pregunta. Quizás para anticiparnos que el contenido de la misma no es la parte a subrayar sino dónde estaba él en esas circunstancias ¿Qué significará "Hineni"? ¿Seré yo mismo el que está acá? ¿Será lo que esperan de mí, el que está acá?

Permítanme aventurarme en una osada reescritura del texto: "Y Dios probó a Abraham, esperando que se niegue a aceptar la prueba, para enseñarle que el "Hineni" es estar presente e íntegro con lo que uno cree, por los que uno quiere, por los que uno se juega. Y Dios probó a Abraham para enseñarle,

que la fe que pretende de nosotros hacia Él no es ciega, ni acepta indiscriminadamente cualquier tipo de sacrificios, porque la fe que inauguró Abraham tiene que ver más con las conversaciones que con los silencios, más con los aprendizajes que con la sumisión.”

Nosotros también muchas veces contestamos “Hineni” –“Henos aquí”–, sin embargo, ¿somos genuinamente nosotros los que nos exponemos? ¿O es la imagen que de nosotros se espera, para llegar a lugares más prestigiosos, para que se hable de nosotros en ciertos ámbitos, para ganar poder? La clave es poder reconocer si después de todo podemos mirar a los que amamos a los ojos y sentir que el “Hineni” es para ellos.

Domingo 11 de Marzo de 2012 - Tercer Domingo de Cuaresma

Éxodo 20,1-17

En aquellos días, el Señor pronunció las siguientes palabras: "Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí.

No te harás ídolos, figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellos, ni les darás culto; porque yo, el Señor, tu Dios, soy un dios celoso: castigo el pecado de los padres en los hijos, nietos y biznietos, cuando me aborrecen. Pero actúo con piedad por mil generaciones cuando me aman y guardan mis preceptos.

No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Porque no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso. Fíjate en el sábado para santificarlo.

Durante seis días trabaja y haz tus tareas, pero el día séptimo es un día de descanso, dedicado al Señor, tu Dios: no harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el forastero que viva en tus ciudades. Porque en seis días hizo el Señor el cielo, la tierra, y el mar y lo que hay en ellos. Y el séptimo día descansó: por eso bendijo el Señor el sábado y lo santificó.

Honra a tu padre y a tu madre: así prolongarás tus días en la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar. No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás testimonio falso contra tu prójimo. No codiciarás los bienes de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él."

Permítanme compartir con Uds. que el versículo 1 del capítulo 20, que antecede la alocución de Dios en su revelación no es exactamente **En aquellos días, el Señor pronunció las siguientes palabras**, sino que basándome en el texto hebreo uno podría decir que su traducción sería:

“Y habló Dios todas estas palabras, diciendo (o para decir):”

Estamos en el corazón del Pentateuco. En el momento de la revelación y la escucha del Decálogo; un momento único, indescifrable que marcará el constitución del pueblo de Israel

Mucho hay para aprender de cada Mandamiento, o de cada “Decir”- dado que *Aseret Hadibrot* podríamos traducirlo como las “diez alocuciones, decires”. Pero hoy quisiera focalizar en el versículo que introduce la palabra de Dios, aquella que en lugar de escucharse, fue vista por los ojos de Israel, voces que se veían en medio de la magnificencia de los relámpagos y el sonido del **shofar** (el cuerno de carnero) que acompañaban esta manifestación única de Dios.

Dice el versículo: *Vaiedaber Elohim et kol hadevarim haele, lemor*”, que podríamos traducir como “Y habló Dios todas estas palabras, **diciendo (o para decir)**”.

Hoy quisiera puntualizar en ese “lemor”, que en apariencia está demás. Dios iba a decir sus palabras, sus emanaciones. ¿Cuál es la función del verbo “lemor”, que significa decir y que los traductores lo conciben como un gerundio: “diciendo”, pero que también se podría interpretar “para decir”. ¿Dice diciendo? ¿Dice para decir?

Infinidad de veces se repite esta estructura: "Habló Dios a Moisés diciendo", por ejemplo. Y nuestros sabios reparan en esta duplicidad de hablar y decir en el mismo versículo y entienden que allí hay una clave. "Para decir", dicen nuestros sabios, significa que todo lo manifestado en el texto sagrado está allí para ser dicho, estudiado, transmitido, evocado, apropiado por cada una de las generaciones que lo está recibiendo. Él ha hablado, para que nosotros digamos. O quizás Él habla para que nosotros completemos su decir aquí en la tierra. Algo así como expresar que de nada hubiera servido ese momento de Revelación, si no hubiera habido un colectivo que tome el mensaje para que siga siendo dicho. El mensaje de Dios tiene sentido cuando encuentra receptores en la tierra, que lo tomen y lo hagan su propia palabra.

Y si volvemos a la traducción más clásica del "diciendo", podríamos decir que este gerundio nos indica que el acto de decir la palabra recibida está en continuo movimiento, cuando uno está "escribiendo", "cantando", "estudiando", lo está haciendo mientras la acción transcurre. El imperativo del "diciendo", es transformar las alocuciones del cielo en palabra viva: viva porque la vivimos en nuestra cotidianidad, y viva porque no somos meros repetidores, sino receptores en movimiento de la voz divina.

Nos fueron entregados los Diez Mandamientos para que los sigamos diciendo y en este decir, vibrar, emocionarnos, moldear nuestros modos de vida individuales y sociales, hacernos cargo del prójimo, incorporar a Dios en nuestras vidas, no mentirnos ni mentir, no tener conductas que nos avergüencen. En cada generación esto se dirá de otro modo, aunque se utilicen las mismas palabras.

Domingo 18 de Marzo de 2012 - Cuarto Domingo de Cuaresma

2Crónicas 36,14-16.19-23

En aquellos días, todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, según las costumbres abominables de los gentiles, y mancharon la casa del Señor, que él se había construido en Jerusalén. El Señor, Dios de sus padres, les envió desde el principio avisos por medio de sus mensajeros, porque tenía compasión de su pueblo y de su morada. Pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas, hasta que subió la ira del Señor contra su pueblo a tal punto que ya no hubo remedio. Los caldeos incendiaron la casa de Dios y derribaron las murallas de Jerusalén; pegaron fuego a todos sus palacios y destruyeron todos sus objetos preciosos. Y a los que escaparon de la espada los llevaron cautivos a Babilonia, donde fueron esclavos del rey y de sus hijos hasta la llegada del reino de los persas; para que se cumpliera lo que dijo Dios por boca del profeta Jeremías: "Hasta que el país haya pagado sus sábados, descansará todos los días de la desolación, hasta que se cumplan los setenta años."

En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra del Señor, por boca de Jeremías, movió el Señor el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: "Así habla Ciro, rey de Persia: "El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él, y suba!"

Este pasaje de Crónicas se inscribe en una larga historia del pueblo de Israel respecto de su tierra y su Santuario, el Gran Templo de Jerusalem, el Beit Hamikdash. Recordemos un poco los hechos.

Cuatrocientos ochenta años pasaron desde la salida de Egipto hasta la construcción del primer "Beit Hamikdash" (Templo Sagrado) de Jerusalem que marcaba el final del viaje, por lo que los elementos que lo componían ya no eran más portátiles como los del tabernáculo. La Presencia Divina se posó allí, en el Sancat Sanctorum, lugar donde se alojaban las Tablas de Moisés en el Arca Sagrada.

La gente que asistía al Santo Templo en las festividades, lo hacía en forma masiva. La tremenda concurrencia provocaba que en muchos casos, debido a los apretujones, los pies no toquen el suelo, quedando las personas suspendidas en el aire. Pese a esta situación, cuando llegaba el momento de prosternarse a tierra, durante el servicio, cada uno lo hacía fácilmente, abriéndose milagrosamente un

espacio para cada individuo.

El primer Beit Hamikdash, se mantuvo activo durante cuatrocientos diez años, pero a causa de los pecados cometidos por el pueblo (de acuerdo con nuestras fuentes talmúdicas), el mismo fue destruido por Nabucodonosor, el rey babilonio. En ese momento, el pueblo fue exiliado a Babilonia y allí permanecieron por espacio de 52 años.

Transcurrido ese lapso, el rey persa, de nombre Ciro llamó a reconstruir la Casa de Dios. Tras ese llamado, varios de los hijos de Israel regresaron a Israel y colocaron las bases para levantar nuevamente el Santo Templo. De todos modos, la obra no pudo ser acabada a causa de algunas acusaciones que llegaron al mandatario, quien ordenó interrumpir la tarea.

Dieciocho años más tarde, Darío, el rey de Persia permitió culminar la construcción del Beit Hamikdash.

Este **Segundo Templo Sagrado**, permaneció activo durante cuatrocientos veinte años, tras lo cual fue también destruido por los romanos, a causa de las discordias que había entre los hijos de Israel.

Desde entonces no contamos con el Beit Hamikdash, con un lugar material sagrado central. Desde entonces el pueblo judío vivió disperso por 2000 años. Desde entonces, tres veces por día, cuando rezamos nuestras oraciones diarias, posamos nuestros ojos en Jerusalem, y de esa manera reconstruimos la santidad del Santuario, que no está definida por las paredes y sus ornamentos sino por la fe y el amor de cada uno de los miembros de nuestro pueblo.

Domingo 25 de Marzo de 2012 - Quinto Domingo de Cuaresma

Jeremías 31,31-34

Mirad que llegan días -oráculo del Señor- en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No como la alianza que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto: ellos quebrantaron mi alianza, aunque yo era su Señor -oráculo del Señor-. Sino que así será la alianza que haré con ellos, después de aquellos días -oráculo del Señor-: Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: "Reconoce al Señor." Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande -oráculo del Señor-, cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados.

La redención como conocimiento:

La historia del profeta Jeremías es interesante, él no compartió con su pueblo el destino de ser deportado a Babilonia, sino que se puso al frente de un pequeño y desamparado resto de los judíos que había quedado en la tierra de sus padres. La primera parte de su libro (en la que entra esta lectura) contiene las profecías que versan sobre Judá y Jerusalén.

En este texto el profeta anuncia:

Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: "Reconoce al Señor." Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande -oráculo del Señor-

Al igual que el profeta del consuelo, por excelencia, Isaías nos enseña:

Ieshahiah "No harán más el mal y no dañarán en toda la montaña de Mi Santuario, ya que se colmará la tierra del conocimiento de Adonai, tanto como las aguas del mar a su fondo cubren". (11:9)

Irmiah preconiza la época en que "...el hombre no deberá enseñar más ni a su hermano a su prójimo el conocimiento de Dios ya que todos Me conocerán a Mí, desde sus pequeños hasta sus mayores..."

En síntesis, la redención, el retorno, la quietud, van a llegar cuando prime el verdadero conocimiento, aquél que nos lleve a tener vidas luminosas y trascendente. No buscar salvaciones que nos alejen de la verdadera salvación, no inventarnos mundos y conceptos que nos hagan desconocer al Altísimo, porque cuando nos animemos a reconocerlo a Él, entonces también seremos capaces de reconocernos a nosotros mismos, y a nuestros prójimos, como porciones de la Creación de Dios sobre la tierra.